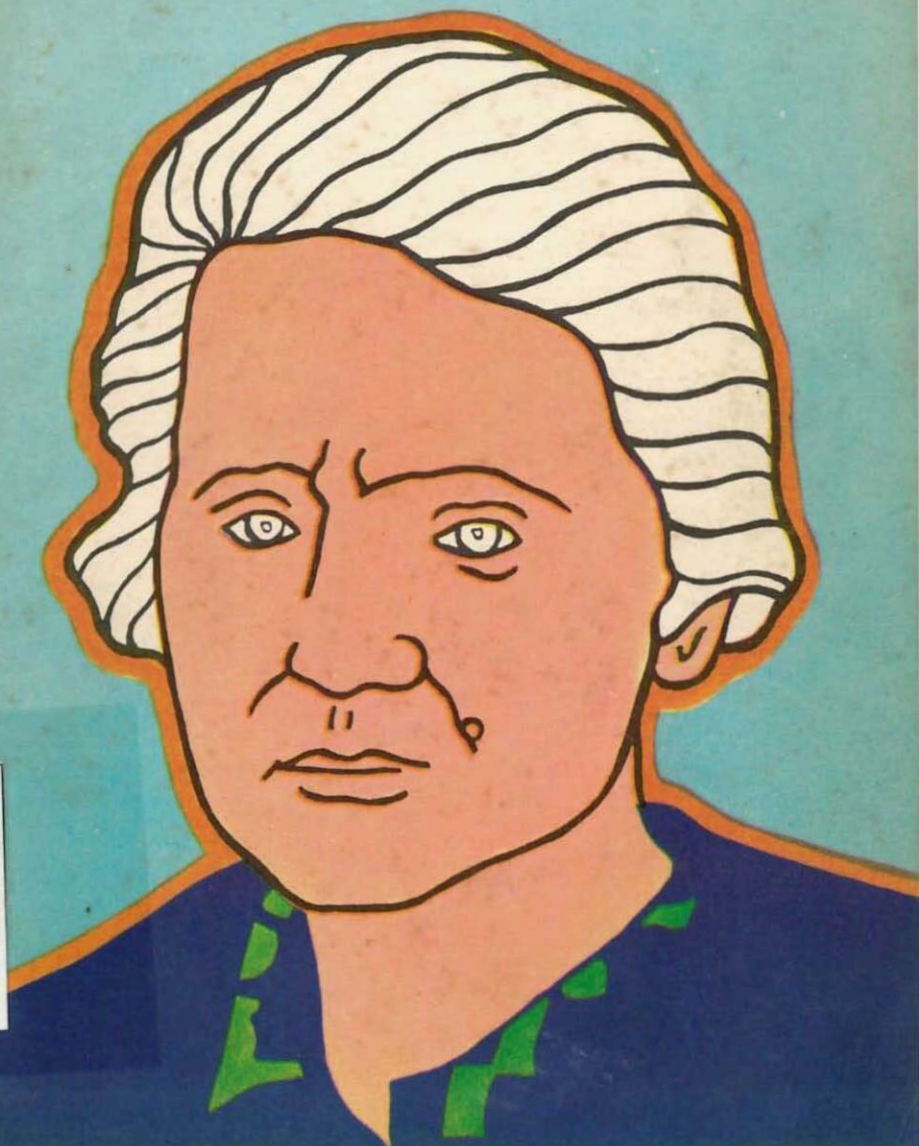


MARÍA CURIE

HERMINIO ALMENDROS



A.
9
M
ar

MARÍA CURIE

MARÍA CURIE

HERMINIO ALMENDROS




GENTE NUEVA



R. 21031. -

Edición
Rigoberto Monzón Liambía

Diseño e Ilustraciones
José González Rodríguez

Editorial Gente Nueva
Calle 8 no. 469, Vedado, Habana

MARÍA; ¡María!... ¿Dónde estará esa muchacha? Seguro que está en el desván con la nariz metida en los libros.

Y los cuatro hermanos: José, Bronia, Hela y Zosia andan ahora despacio, de puntillas, conteniendo la risa, para darle una sorpresa a la hermana menor.

¡Sí, allí está; ya la encontraron! Está en la mesa leyendo. No se da cuenta de nada.

Los cuatro llegan despacio, se acercan, empiezan a amontonar sillas detrás del asiento de María. ¡Un castillo de sillas! Y salen de puntillas, sin hacer ruido, conteniendo la risa.

Al cabo de una hora, María va a levantarse, y... ¡allá viene al suelo todo el castillo de sillas!

María se ríe.

—¡Estas niñas!... Bueno, ya les prepararé a ellas otra broma.

NIÑEZ TRISTE EN POLONIA

Esta niña rubia, delgada y vivaracha, que ahora va a la escuela, sabe ya de hondas tristezas y de sufrimientos. Recuerda a su hermanita Zosia, enferma, a la que no pudieron salvar los médicos. La madre se le ha ido también para siempre después de una enfermedad que la hizo sufrir mucho.

Polonia, su patria, ha sido ocupada por varios países al firmarse entre ellos la paz, y los niños andan temerosos y tristes, sin saber qué pasa en su país, sin saber por qué se les priva a veces de hablar su idioma en la escuela y por qué tienen que aprender a hablar en otra lengua.

Al papá de María le han rebajado el sueldo en el colegio donde trabaja como profesor, y han de vivir pobremente y sin alegría.

La pobre niña se olvida un poco de todo aquello refugiándose en la lectura y el estudio. Estudia y lee mucho. Es una niña muy inteligente. Ni los alumnos mayores de la escuela comprenden con tanta rapidez y con tanta claridad como ella. Todos están asombrados del talento de María. Nadie la aventaja en la escuela. Tampoco la aventajan después, en los estudios secundarios. Al terminarlos es también señalada como alumna distinguida.

JUVENTUD DE TRABAJO

6

Tiene ya dieciséis años. Ha trabajado

mucho y ahora va al campo a pasar un feliz año de vacaciones. Allí corre, ríe, canta, baila, se divierte... ¡Ah, el hermoso descanso del campo!

Y los hermanos la ven regresar alegre, con su lindo vestido de campesina adornado de espigas. Está ahora muy bonita la joven María Sklodowska.

Otra vez a vivir en la capital. Viven en Varsovia, en una casa sin ningún lujo. El padre está preocupado. No basta el poco dinero que gana.

Están reunidos los cinco, el padre y los cuatro hijos, en la pobre salita alumbrada por la débil luz de petróleo, y a los cuatro les salta el corazón para ayudar al padre.

José, Bronia y María deciden trabajar enseguida. Sin dejar de estudiar, ganarán algo dando lecciones. Y sí, trabajan, sin descanso. Dan lecciones a quienes pueden pagarlas y dan lecciones gratis a las pobres gentes humildes. ¿De dónde sacan el tiempo? Porque siguen estudiando. José, el mayor, está a punto de ser médico. A Hela no le faltan proposiciones de matrimonio; pero ¿y Bronia? Bronia tiene desde hace tiempo la ilusión de graduarse de medicina en París. ¿Qué hacer con ella? María lo decide enseguida.

—Mira, Bronia, vas a ir a París. Yo te mandaré el dinero que gane. Cuando tú termines tus estudios, me ayudarás a mí. No protestes; tú tienes ya veinte años y yo tengo

7

diecisiete. Me colocaré como institutriz y todo saldrá bien. Ya verás.

Cinco años de trabajo para ayudar a su hermana. Bronia termina ya sus estudios y va a casarse allí, en París mismo.

Ahora escribe a María para que vaya a vivir con ella, pero María no se decide a separarse de su padre. Trabaja ahora en un laboratorio. Trabaja y estudia. Los estudios y los trabajos de química del laboratorio la apasionan. Necesita saber, aprender, estudiar. Ha cumplido ya veinticuatro años y tiene que decidirse, y se decide a ir a París, con Bronia.

María reúne sus escasos ahorros, prepara su maleta de humildes ropas, su paquete de libros y un envoltorio con comida para los tres días de viaje. Va a viajar tres días en un vagón sin asiento, y María lleva en la mano un banquito de madera, para no ir todo el viaje de pie.

Va a partir el tren. María está emocionada. Todos están conmovidos.

—Papá, no estés triste; yo volveré pronto. Son sólo dos años; todo lo más, tres. Luego volveré junto a ti.

—¡Buen viaje, María! ¡Buena suerte! ¡Cuida bien tu equipaje y... el paquete de la comida!

EN PARÍS. ESTUDIANTE POBRE

8

Ya está María en París, frente a la Facultad de Ciencias de la Sorbona. Mira con

ojos asombrados el gran edificio de sus ilusiones. Allí tiene que estudiar, allí tiene que empezar pronto algunos cursos para cuyos estudios no estará de seguro bastante preparada. Y María, en casa de su hermana Bronia, estudia, estudia día y noche. Asiste a las clases, pasa muchas horas en los laboratorios y no vuelve a casa hasta la hora de comer.

Cuando se queda en casa se queja de que no puede estudiar tranquila. Su hermana y su cuñado son médicos, suena mucho el timbre de las visitas, la invitan a salir de paseo... y ella no puede perder tiempo; necesita estudiar, estudiar. No le importa nada más. Ni siquiera hace caso de los elogios que de su belleza hacen los compañeros. Porque María es bonita; tiene unas facciones interesantes y muchos la llaman "la muchacha de los lindos cabellos".

No podía seguir así. María se va a vivir sola, allá en un sexto piso, en un cuartico en el que no caben más que la cama de hierro, una mesa de pino y una silla de cocina. Tiene que subir muchos escalones hasta allá arriba, pero sus ahorros no le permiten alquilar otra casa mejor.

Pasa frío, no come casi nada; cualquier cosa, por no perder el tiempo en preparar la comida. Estudia en las bibliotecas públicas para no gastar en luz el poco dinero que tiene. Después sigue estudiando en su cuartucho hasta horas de la madrugada.

9

Y llega el día del primer examen. Está fatigada, nerviosa. Los estudios de Física y de Matemática han sido muy duros. Espera ansiosa el resultado.

—¡María Sklodowska... primera clasificación!

La joven y heroica María ha ido a pasar las vacaciones a Varsovia, junto a su padre, y ya ha regresado a París y ha comenzado el nuevo curso.

Le han encargado un estudio difícil, para el que no dispone de laboratorio donde trabajar.

Un profesor polaco amigo suyo le propone presentarse al profesor Pedro Curie, que trabaja en los laboratorios de Física y Química de la Universidad. Quizás él pueda ayudarla. María ha oído hablar del profesor Curie. Es un joven científico a quien todos admiran.

Al día siguiente María conoce a Pedro Curie. Es todavía joven; unos treinta y cinco años. Es alto, de sencillas y elegantes maneras.

Pedro y María hablan y hablan de los estudios y trabajos en que están interesados. El profesor Pedro Curie siente una viva simpatía por aquella joven tan bonita y tan diferente de cuantas ha conocido antes. Y María consigue el permiso para estudiar en el laboratorio donde trabaja el profesor Curie.

Entre María y Pedro ha nacido una gozosa amistad y una honda simpatía. Ella le



María Curie

pide consejo en sus trabajos; él le presta y le pide ayuda. Los dos tienen puesta su vida en aquel mundo del laboratorio, y el mismo interés y la misma labor los une más cada día. Con el tiempo va naciendo también en los dos la ilusión de continuar así, juntos, toda la vida.

MATRIMONIO DE MARÍA Y EL PROFESOR CURIE

Pedro y María se casan. No hay brillante ceremonia en la boda. María va ataviada de novia con un sencillo vestido que le ha regalado una amiga; un vestido que le podrá servir luego para llevarlo en los días de trabajo.

María Sklodowska se llamará en adelante Madame Curie.

María distribuye ahora su tiempo entre sus estudios, el laboratorio y la atención a su esposo y a los cuidados de la casa. Vive el matrimonio Curie en un piso pequeño y modesto, de escasos muebles. María no ha conseguido todavía permiso para emplearse en trabajos de ganar dinero en Francia, y el sueldo del profesor Curie no permite vivir mejor. Pero el matrimonio se siente feliz.

María atiende a todo. Se levanta temprano, arregla la casa, va al mercado, dedica varias horas a los estudios y a los laboratorios, y cuando de noche regresa a casa con su esposo, María prepara la comida y lo dis-



Pedro Curie

pone todo. Después de comer, los dos estudian, sentados el uno frente al otro, felices de trabajar, de pensar y de vivir juntos.

María sigue obteniendo la primera clasificación en los exámenes. Continúa, como siempre, ocupada en sus cosas, pero ahora tiene ya un cuidado más: el primer hijo. Les ha nacido una niña, una linda niña que ha venido a colmar de ternura la felicidad del matrimonio.

En el mismo año del nacimiento de la pequeña Irene, Madame Curie se siente dispuesta a emprender alguna investigación con la que pueda aspirar al grado de doctor.

—¿Qué podría yo hacer? ¿Qué trabajo podría elegir? ¿Qué piensas tú, Pedro?

—Yo preferiría algún asunto en que pudiéramos investigar juntos. Pero no tengas prisa. Piénsalo con calma.

LOS RAROS EFECTOS DEL URANIO: LA RADIATIVIDAD

Un día lee María un informe sobre un descubrimiento curioso de un físico francés. Trabajando con un metal raro llamado uranio, este sabio descubrió que aquel metal emitía sin duda unos rayos invisibles que, aun en la oscuridad, podían impresionar una placa fotográfica, como si fueran rayos de luz. ¿Qué podría ser aquello? ¿De qué naturaleza eran aquellas radiaciones invisibles del uranio?

Pedro se entusiasma con la idea de que



El matrimonio Curie con su hija Irene

María se dedique a estudiar ese problema, y los dos se ponen enseguida a buscar un local donde comenzar las investigaciones. No pueden conseguir más que un viejo barracón encristalado, húmedo, sucio y sin instalación eléctrica, pero no hay otra cosa.

Allí comienza Madame Curie sus trabajos, días y días, semanas y semanas, utilizando aparatos inventados por su marido.

En primer lugar quiere investigar una cosa. Ya se sabe que en la naturaleza hay cuerpos simples y cuerpos compuestos. Tanto las plantas como los animales, como muchísimos minerales, están formados por cuerpos compuestos de otros **elementos** o cuerpos simples. Estos elementos se llaman **simples**, porque no hay en ellos más que una clase de sustancia. Así, por ejemplo, el azufre, en el que no hay más que azufre; el oro, el aluminio, el uranio, y muchos otros más. El agua no es un cuerpo simple, porque se compone de oxígeno e hidrógeno. Estos dos últimos, el oxígeno y el hidrógeno, sí que son elementos o cuerpos simples.

Pues bien, Madame Curie quiere saber si, entre los muchos cuerpos simples, hay alguno que emita también esas raras radiaciones que emite el uranio. Y se dedica días y días, a probar con cada uno, hasta que descubre que hay otro elemento, el torio, que también emite rayos semejantes.

Pero esos rayos invisibles, esas radiaciones que descubre en un mineral que está estudiando ahora y que contiene uranio y

torio, se manifiestan de una manera muy rara. María ha descubierto ciertos fenómenos que le hacen pensar que en aquel mineral tiene que haber también una pequeñísima cantidad de una sustancia distinta, de otro cuerpo simple que nadie conoce todavía, y que debe de emitir radiaciones de una gran energía; un nuevo elemento de fuerte radiactividad. María está segura de ello.

Pedro se entusiasma con el descubrimiento de su mujer, abandona todos sus estudios y se dispone a ayudarla unos días. Está lejos de pensar que ya no abandonará ese interés hasta su muerte.

Los dos trabajan sin descanso. Hacer pruebas, observaciones, experimentos, cálculos... y llegan a la conclusión de que la radiactividad del mineral que están examinando procede de dos nuevos elementos que hay en él. Al cabo de unos meses de trabajo pueden anunciar al mundo el haber descubierto dos nuevos cuerpos simples: a uno de ellos le ponen el nombre de **polonio**, en honor de Polonia, la patria de María; el otro es un cuerpo de gran energía radiactiva, al que le dan el nombre de **radio**.

Hoy se habla ya mucho del radio, de la radiactividad y de cuerpos radiactivos, pero esas palabras fueron empleadas por primera vez por los esposos Curie, hace más de medio siglo.

Sí, los dos han dicho que, según los fenómenos que han estudiado, ellos saben que en algunos minerales hay pequeñas cantida-

des de un cuerpo simple, de raras propiedades, al que llaman **radio**. Pero ¿quién ha visto ese cuerpo? ¿Dónde está? ¿Cómo es? Porque no basta afirmar que existe; es necesario que alguien lo muestre y pueda decir: "Mírenlo, aquí está."

El hombre no se contenta con lo que sabe de las cosas del mundo; desea descubrir y conocer más y más. Eso es lo que hace el hombre de verdad inteligente.

El matrimonio Curie vive guiado de una gran inteligencia y de una poderosa voluntad, y ahora está dispuesto a buscar el radio donde se encuentre; a perseguirlo, a aislarlo para que todos lo puedan ver.

EN BUSCA DEL RADIO

¡Al trabajo Pedro y María! Ellos saben que el radio se encuentra en pequeñísimas cantidades en un mineral llamado **pecblenda**. Ese mineral se extrae de unas minas de Austria y se emplea en aquel país para la fabricación de cristales finos, pues contiene uranio, y el uranio ayuda a hacer más hermoso el cristal. Pero para obtener una pequeñísima cantidad de radio se necesitarán varias toneladas de pecblenda, y una tonelada de pecblenda cuesta muchísimo dinero. ¿Qué hacer?

Hay que pensar alguna solución. Sí, la cuestión no es tan difícil como parece, pues ellos no necesitan ese mineral antes de que se utilice para la fabricación del cristal; lo



Los esposos Curie en su laboratorio

que necesitan es lo que queda después de utilizado, los restos de pecblenda, que ya no sirven en las fábricas. Y es en esos restos precisamente donde se encuentra el radio que ellos buscan.

Pedro escribe enseguida para pedir alguna cantidad de aquella tierra inservible, y el gobierno de Austria resuelve enviar, como regalo, al matrimonio de científicos, unas toneladas de pecblenda.

Hay que buscar ahora un lugar amplio donde se pueda manipular aquella cantidad de material. Allí, cerca del barracón donde María hace sus investigaciones, hay otro más amplio, también viejo, abandonado, con techo de cristales, con agujeros por donde entran el frío y la lluvia. Pero hay una buena estufa de hierro, y eso es lo que necesitan.

Allí se quedan, allí reciben entusiasmos los sacos de pecblenda, allí comienzan ahora un bravo trabajo que se ha de continuar mes tras mes y año tras año; labor de investigadores, labor de obreros, de esfuerzo y de cansancio físicos.

Hay que cargar sacos de mineral, hay que calentar aquello, hirviendo en grandes calderos y crisoles; hay que avivar el fuego y remover la pasta humeante y, retirarla, y dejarla enfriar, y llevar porciones a otras vasijas de cristal, y mezclar sustancias químicas, y separar lo que no sirve, para ir reduciendo todo a pequeñas cantidades de materia cada vez más purificada, donde debe estar contenido el radio en pequeñísimas

cantidades.

Son muy malas las condiciones del barracón; es muy frío en invierno y como un horno en verano, pero María está allí a su gusto, tan entusiasmada con lo que hace, que se le van las horas sin sentir.

Se levanta temprano, arregla y da de comer a la pequeña Irene, y se va enseguida a su barracón-laboratorio, a continuar en el fuego, con las tierras, con los grandes calderos y los líquidos y vasijas y tubos de vidrio... Hay días en que no tiene tiempo de ir a almorzar a casa, y prepara allí mismo la comida para Pedro y para ella. La hijita está bien atendida por el padre de Pedro, que vino hace tiempo a vivir con ellos.

El profesor Curie interviene en el laboratorio cuando puede, pero tiene que atender también a sus clases. En las horas libres ayuda a María y se dedica a estudiar las propiedades de las radiaciones. El trabajo con el fuego y la pecblenda y los líquidos y vasijas lo hace principalmente María, entusiasmada e incansable.

TRAS AÑOS DE TRABAJO, ¡EL DESCUBRIMIENTO!

Han pasado meses. Han pasado años. Cuatro años han pasado desde que María comenzó su gran tarea para poder sacar de aquellos montones de mineral el secreto que busca.

El barracón se ha convertido en una especie de almacén lleno de crisoles, de gran-

des y pequeñas cápsulas de porcelana, de grandes y pequeños recipientes de vidrio. En algunos de ellos hay pequeñas cantidades de una sustancia ya purificada. Es lo que ha quedado de montones de peblenda, después de separar poco a poco grandes cantidades de sustancias que estaban allí rodeando y escondiendo el oculto elemento buscado. En algunos de aquellos pequeños frascos de cristal han comenzado a advertirse como unos raros puntos de una débil luz azulada.

Hay que seguir purificando aquello; hay que quitar lo que todavía estorba. María prepara líquidos, disuelve los últimos productos que ha obtenido, deja reposar, calienta, ataca con otras sustancias químicas, quita el líquido sobrante, deja enfriar... Eso tiene que estar algunas horas en reposo.

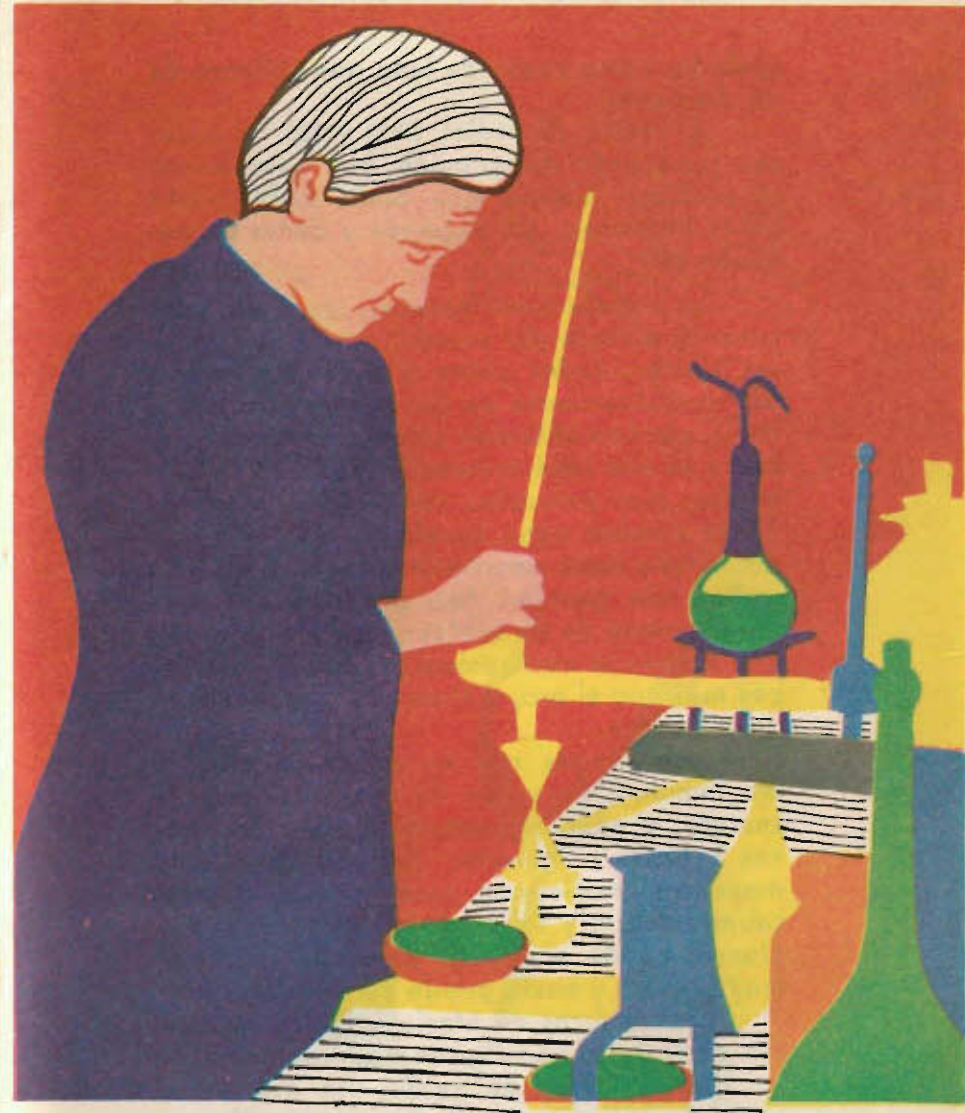
Ya en casa, María no cesa de pensar en lo que ha dejado allí preparado. No puede dormir. Pedro tampoco duerme. Los dos piensan en lo mismo.

—Pedro, ¿por qué no nos levantamos y damos una vuelta por allá?

—Sí, eso mismo pensaba yo. Vamos a ver lo que ha resultado de la preparación.

Se visten nerviosos, salen andando rápido por las calles, cogidos del brazo. Llegan al barracón.

Pedro va a encender la luz. ¡No! ¡Pero qué es aquello! Hay una luz allí, los tubos de vidrio donde quedó la preparación última parece que están encendidos. En la oscuridad se desprende de ellos una luz suave,



María Curie en el laboratorio del Instituto del Radio.

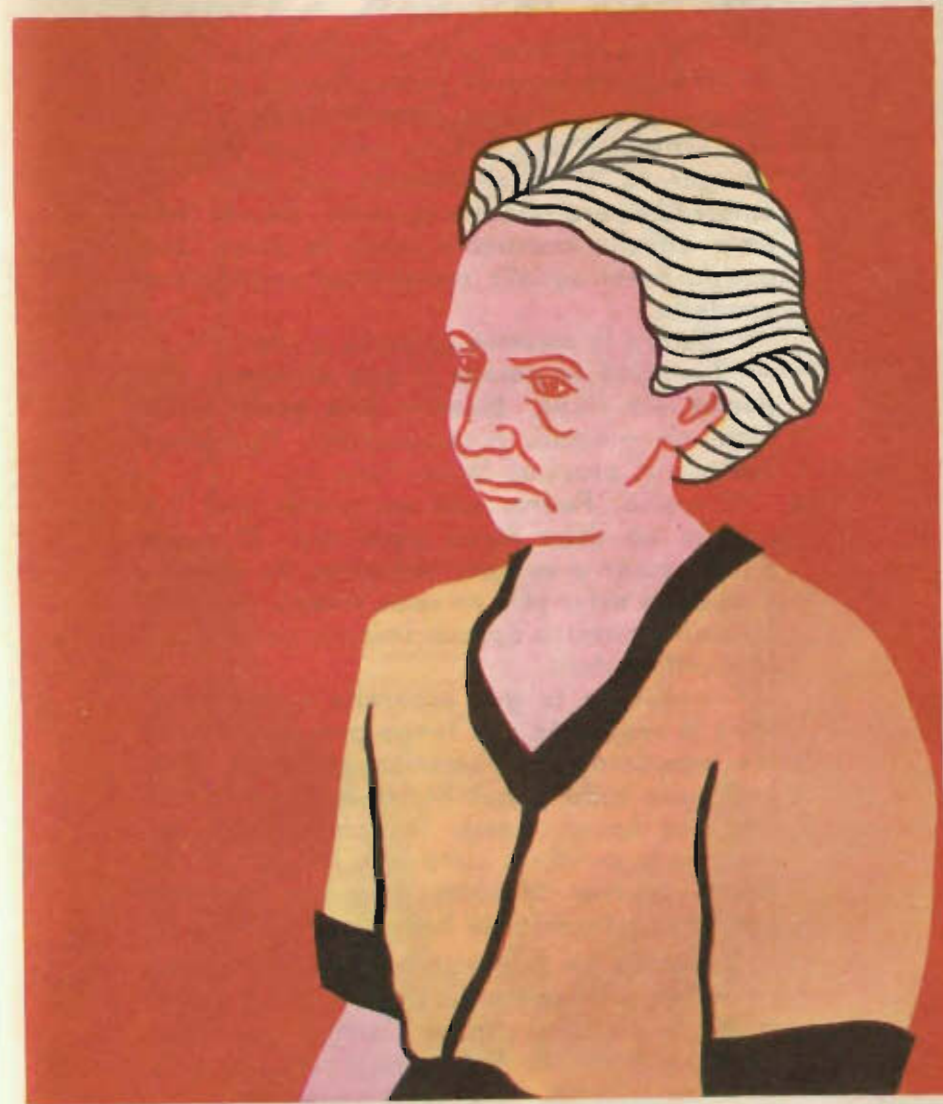
azulada, como rayos de luna que salieran de un diamante.

¡El radio! ¡El radio! ¡Ahí está! Se abrazan temblando de emoción, han descubierto el precioso cuerpo que nadie había visto hasta entonces. ¡Es hermoso y como un pequeño sol!

La noticia tiene conmovidos a los hombres de ciencia del mundo. Las Academias, las Universidades piden y buscan informes del descubrimiento de los esposos Curie. El radio que han obtenido estos científicos franceses es una rara sustancia. Se puede obtener en muy pequeñas cantidades; Madame Curie empleó ocho toneladas de restos de peblenda para conseguir un solo gramo de radio, una porción tan pequeña como la cuarta parte de un centavo. Es, por lo tanto, una sustancia costosísima; vale miles de veces más que el oro, y tiene unas maravillosas propiedades.

Emite rayos que no puede percibir el ojo humano, pero son de una sorprendente energía; producen quemaduras, heridas graves y hasta la muerte. Sin embargo, si se maneja el radio con cuidado por quienes saben hacerlo y saben dirigir bien sus radiaciones, puede aliviar el dolor de enfermos muy graves, y hasta puede curarlos.

Los nombres de María y Pedro se repiten en todo el mundo con admiración. ¡Son los descubridores del radio; los que saben sacar de unas tierras que no valen nada, una sustancia maravillosa, de un valor altísimo!



Irene Joliot-Curie recibe, junto con su esposo, el Premio Nobel de Química de 1935

NO QUEREMOS RIQUEZAS

Un día recibe el profesor Curie una carta de los Estados Unidos. Una poderosa compañía que produce productos químicos, ofrece al matrimonio una fortuna para que revelen, en secreto, el procedimiento que ellos han empleado para obtener el radio. De esa manera aquella compañía sería la única que podría tener aquella maravillosa sustancia y venderla.

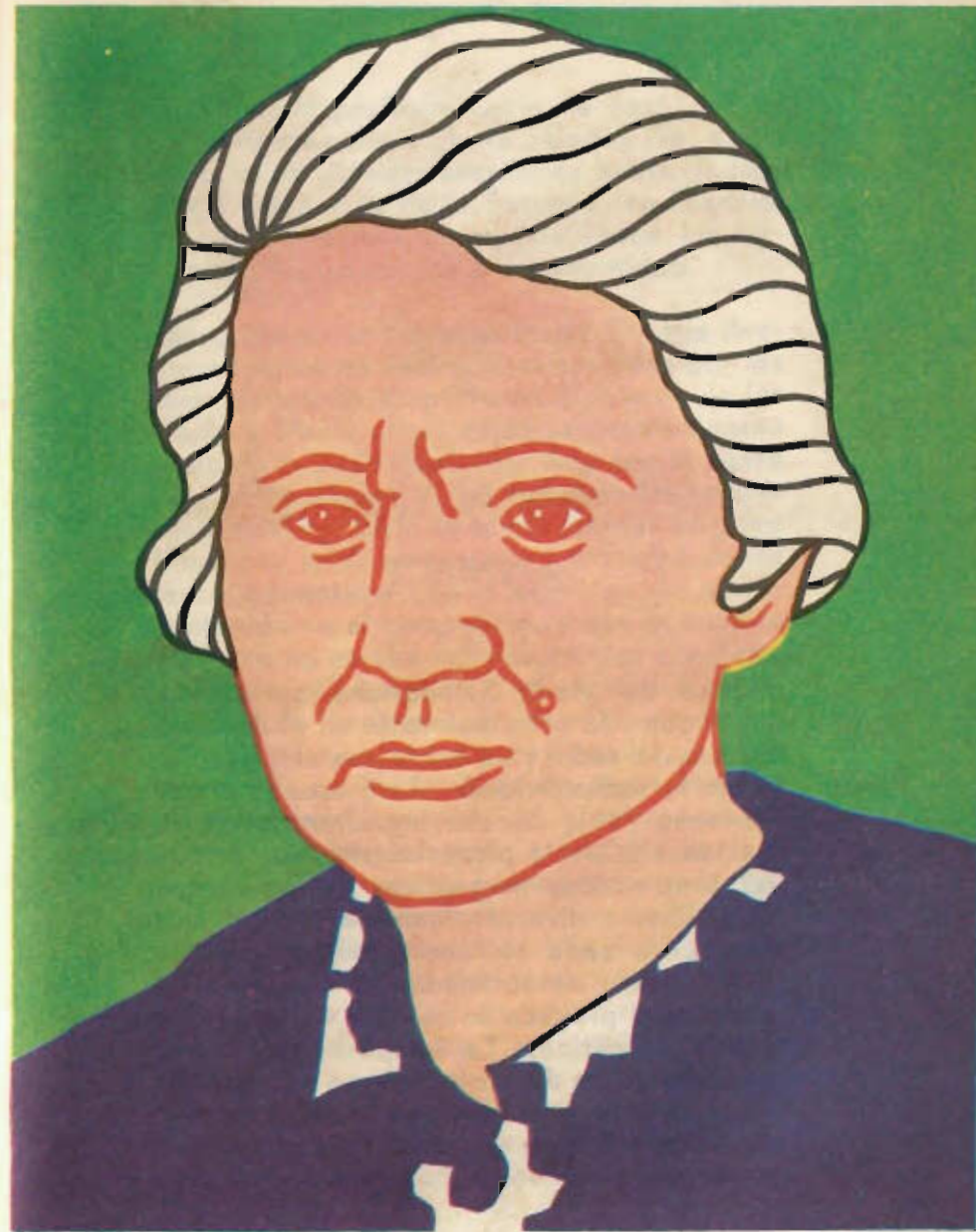
Pedro le muestra la carta a María.

—¿Qué te parece lo que ofrecen? Podemos ser ricos. Nuestra hija podrá vivir bien, sin ninguna preocupación. Podremos montar un precioso laboratorio...

—¡No, Pedro; eso no puede ser! La ciencia no debe servir para eso. El radio puede curar a muchos enfermos de cáncer, y no debe estar sólo en unas manos. Nuestro trabajo y nuestro descubrimiento pertenecen al mundo entero.

—Eso es lo que esperaba que dijeras. Mira la respuesta que tengo preparada para los ingenieros norteamericanos. Aquí está explicado todo lo que hemos hecho y lo que hay que hacer. Luego lo publicaremos en revistas y en libros para que lo sepa quien quiera saberlo. Nosotros tenemos bastante con la satisfacción de haber trabajado bien.

Aunque ya han muerto, Pedro y María Curie han quedado para siempre en la historia de la ciencia, y para siempre quedarán en la memoria de los siglos como ejemplo de sabios buenos, modestos, generosos...



María Curie

APÉNDICE

Pedro
Curie.

París,
1859-
1906

Esposo de María Sklodowska, se destacó junto con ella principalmente en el descubrimiento del **radio** y en fundamentales estudios sobre la **radiactividad**. Llevó a cabo con su hermano Pablo Jacobo importantes investigaciones sobre la **piezoelectricidad**. Estudió las propiedades magnéticas de los cuerpos sometidos a diversas temperaturas; demostró que a cada sustancia corresponde una temperatura determinada, la cual, una vez alcanzada, provoca un cambio en sus propiedades magnéticas. Tal temperatura se conoce como **punto de Curie**. Fue un notable profesor de la Escuela Municipal de Física y Química de París y un destacado catedrático de la Sorbona.

28

En 1895, el profesor Curie se casó con la joven física polaca María Sklodowska, quien a costa de grandes sacrificios había podido seguir los cursos de la Sorbona, en Francia, ya que en Polonia, en aquella época, las mujeres no tenían acceso a la universidad.

Las primeras informaciones de Enrique Becquerel sobre las radiaciones emitidas por las sales de uranio despertaron el interés de los Curie, y María eligió estos fenómenos como tema de su tesis doctoral. Éste fue el punto de partida de una de las más grandes empresas científicas de la época moderna. En poco tiempo se estableció que la intensidad de los rayos aumentaba con la cantidad de uranio contenida en el compuesto, y que la emisión de rayos no estaba influida por las condiciones externas (variaciones de temperatura, de presión, de iluminación) ni por el compuesto químico del que formaba parte el uranio. Esto hizo creer que la emisión de rayos era una particularidad atómica del uranio; pero el examen de los elementos conocidos llevó al descubrimiento de que había otros con la misma propiedad. La denominación de **rayos de uranio** no era, pues, la más indicada, y Mme Curie propuso designar como **radiactividad** a la propiedad de emitir radiaciones, y llamar **radiactivos** a los cuerpos que la poseen.

Se observó asimismo que algunos minerales de uranio (pechblenda, calcolita) presentaban

29

una radiactividad no sólo mayor que la que permitía prever su contenido de uranio, sino mayor que el mismo uranio; tal observación hacía suponer que existía en los minerales de uranio algún elemento aún desconocido y bastante más radiactivo que el uranio.

En julio de 1898, los Curie comunicaron a la Academia de Ciencias de Francia el descubrimiento de un nuevo elemento, el **polonio** (llamado así en honor a la patria de María), y el 26 de diciembre, el del **radio**. La radiactividad de ambos elementos hizo posible su descubrimiento; sin embargo, se trataba de huellas tan leves que no permitían la determinación de sus propiedades y su identificación espectroscópica. Para esto era necesario preparar cantidades pesables de los nuevos elementos. Y así, durante casi cuatro años, en un cobertizo y con escasos medios, utilizando toneladas de peblenda, los Curie trabajaron en aislar el radio, siguiendo sus huellas a través de la radiactividad. Para tener una idea de las dificultades que los Curie tuvieron que superar en su investigación, basta saber que la cantidad de radio contenido en 1 000 kg de peblenda es aproximadamente 1 g.

Para seguir el elemento radiactivo en sus transformaciones químicas se empleó el electrómetro de cuadrante conectado con cuarzo piezoeléctrico; la separación del radio se obtuvo por cristalización fraccionada prove-

chando la menor solubilidad del cloruro de radio respecto al de bario. En 1902 se preparó una cantidad de cloruro de radio suficiente para determinar el peso atómico. En el mismo año, Mme Curie recibió el título de doctora en Ciencias.

Por el descubrimiento del radio y por sus estudios sobre la radiactividad los Curie compartieron con Becquerel el premio Nobel de Física de 1903.

Los Curie tuvieron dos hijas: Irene y Eva. Ambas se destacaron notablemente. Irene como física y química, y Eva como escritora y periodista.

Este libro ha sido impreso por la
Unidad Productora 06, «René Meneses»,
en el mes de marzo de 1977. «Año
de la Institucionalización».





GENTE NUEVA